

LA BIBLIOTECA COMO INSTRUMENTO DE CULTURA Y DESARROLLO

Por Dra. Miriam Michel

En el año 27 A.C., en Roma, en el Monte Palatino, se fundó la primera biblioteca pública de que se tiene conocimiento en el mundo.

Esta biblioteca fue establecida por orden de Julio César, con el propósito de que este tipo de actividad (uso de la biblioteca) que hasta ese momento era privativa de monarcas, ricos y sabios (clase poderosa), fuese extendida a los pobres, plebes, libertos y esclavos.

Julio César entendía que era necesario que esta clase desposeída recibiera el mensaje de la información organizada de la biblioteca que era un centro de cultura y un elemento fundamental de sociabilidad.

Aquí comenzó la biblioteca a cumplir el objetivo para el que fue concebida, desde el momento mismo en que el hombre quiso organizar el suministro inagotable del conocimiento humano.

Hoy día la biblioteca mantiene ese mismo objetivo y donde se establece, se considera un centro de enseñanza permanente y la vía más expedita para que cumpla su función de desarrollo, educación y cultura.

A través de los años el desarrollo de las bibliotecas no alcanza sin embargo los altos confines que pudieran esperarse de un proceso que comienza hace tanto tiempo y con una evolución tan dilatada. Pero nunca, a pesar de eso, se ha dejado de unir a la concepción de principal órgano de la cultura y desarrollo de los pueblos.

La evolución humana que se ha logrado con la invención de la imprenta ha permitido que hoy el ciudadano común pueda hablar de democracia, pueda participar en las decisiones con conocimiento de causa, aunque estamos en pleno conocimiento de las carencias y lo deprimente y funesta que es la postura de los que tienen la oportunidad de contribuir con la cultura del pueblo, pero consciente o inconscientemente dan la espalda o simulan ignorar su cuota de responsabilidad, aunque luego caigan en lamentaciones estériles.

Una realidad palpable en nuestro medio es que a pesar de los adelantos de las instituciones, del desarrollo de las empresas, de la escala ascendente de conquistas que oímos en la constante vocinglería.

A pesar de la retórica de los políticos y las reivindicaciones a que sus gestiones conducen el país, se ignoran las bibliotecas.

Se tiene tendencia a no ofrecerle ni el apoyo mínimo; no se ve la verdad de que en la biblioteca es donde se concentra toda la inteligencia y el saber humano.

Se ignora a casi todos los niveles que en el mundo actual las cosas marchan muy aprisa y que tememos que el progreso en su marcha rápida hacia el futuro pase de largo por nuestro lado y nos deje atrasados por esta necesidad imperiosa de información organizada.

Hoy día es frecuente oír hablar de bibliotecas y de centros de documentación porque son las entidades donde el bibliotecario organiza la información de una manera técnico-científica con el propósito de controlar el exceso de información y guiar el buen uso de la misma.

Pero no es fácil admitir la configuración de una dualidad tal en la vida de los pueblos actualmente en el sentido de que mientras nosotros nos desenvolvemos en un ambiente inculto de un alto índice de analfabetos de pocos o deficientes recursos en favor de la educación y la cultura, en una ostensible falta de escuelas y bibliotecas, otros países utilizan canales de información con circuito cerrado conectados con una red de bancos de datos y centros de documentación nacionales e internacionales, donde adquieren instantáneamente cualquier tipo de información que le llega a un computador, por satélite, correo electrónico, télex, etc., etc. Aunque estamos viviendo estas diferencias, nosotros no perdemos esperanzas de progreso. Y si bien es cierto que la bibliotecología, que es la que permite administrar estos adelantos, no tenía o tenía muy poca vigencia en nuestro medio, y que se ignoraba a la biblioteca y al bibliotecario como impulsores de desarrollo en el devenir histórico de nuestro pueblo.

No es menos cierto que ya se dan pasos firmes y certeros para que el auge de esta carrera sirva de base en el desenvolvimiento de todas las actividades de educación, desarrollo y de cultura y entre como vertiente de progre-

so, en todo país que busca su identificación con un futuro firme, próspero y culturizado.

En el año 1979 se creó la primera Escuela de Bibliotecología que a nivel de universidad posee la República Dominicana. Esta escuela, que me honro en dirigir, tiene a su cargo formar profesionales que han de conducir las labores que el desarrollo de las bibliotecas impone. Profesionales que identificados con una labor común habremos de luchar codo con codo para lograr ese objetivo.

Entre nosotros es frecuente oír hablar de bibliotecas y centros de documentación e incluso una parte de la población aunque mínima comienza a enterarse de su importancia y de los beneficios que pueden devengarse de este tipo de servicios.

En el año 1960 ese tema no tenía vigencia en la opinión pública y los que hoy luchamos por el reconocimiento de esta área tenemos que romper la indiferencia general que se opone a nuestro empeño como una barrera difícil de franquear. Hoy existe una nueva actitud hacia el libro y el uso de los mismos.

Ya se conoce que el libro y las bibliotecas traen como consecuencia de su uso un pensamiento creativo.

Afirmamos que el desarrollo que promueven las bibliotecas enseñan al individuo la realidad de que es imposible sin bibliotecas hacer frente por sí solo a dos (2) millones en el mundo de artículos que publican 750,000 científicos cada año en 50 lenguas diferentes. Muchos países a través de sus bibliotecas y centros de documentación logran un gran porcentaje de esta avalancha de información, pero a nosotros, en nuestro país, nos falta para eso crear bibliotecas o dotar las pocas que tenemos para que sean la fuente donde podamos aprovechar siquiera una de cada mil ideas científicas que reposan en las páginas de los libros, revistas, folletos y materiales especiales, etc., etc.

Pero a los que tienen poder de decisión, a los que tienen acceso a la cultura y medios para fomentarla son a los que les pedimos un poco de desprendimiento y que dediquen algún tiempo a pensar en la cruda realidad de nuestro pueblo.

Donde el individuo promedio no lee — no lee.

Si tomamos el término leer como la búsqueda constante de educación y de cultura, el dominicano promedio no lee. No lee el estudiante. Cuantas veces he oído un estudiante de término de carreras tradicionales decir que nunca ha ido a la biblioteca y terminan las carreras y se hacen profesionales con el aval de que no leen ni el periódico.

No lee el profesional; generalmente desconoce la cantidad de literatura profesional que sale en las publicaciones periódicas y que le permitirían mantenerse al día en el ejercicio de su profesión. Tampoco lee el hombre de pueblo; éste muchas veces porque no tiene dónde hacerlo.

En definitiva, la gravedad de este mal está fundamentalmente en que no se ha creado el hábito de la lectura, ¿pero por qué? ¿Porque no tienen tiempo? ¿Por el ambiente? ¿El ancestro? ¿Es la pobreza? No, no, no. La realidad ostensible es en general que no hay bibliotecas.

No hay bibliotecas escolares donde el niño comienza a familiarizarse con los libros y a crear el hábito de la lectura.

No hay bibliotecas juveniles donde los jóvenes encuentran en las páginas de los libros estímulo para su imaginación.

No hay bibliotecas públicas donde se puedan compartir los sentimientos y las ideas que impactan nuestras vidas.

No hay bibliotecas donde podamos sublimizarnos con la emoción de nuestros grandes escritores de todos los tiempos y/o donde compartir la rebeldía de nuestro ancestro con Manuel de Jesús Galván.

Afirmamos que el desarrollo cultural socioeconómico, científico y tecnológico pasa por las bibliotecas.

La convivencia, la madurez democrática, la participación cívica, el fortalecimiento cultural se generan en las bibliotecas. Los cambios positivos se generan en los pueblos cuando desde las escuelas se enseña a usar las bibliotecas.

El baluarte más firme de la cultura, donde pasa la pulpa del conocimiento al ciudadano para ayudar a mejorarlo y elevarlo con funciones que se matizan y adjetivan según las posibilidades y circunstancias.

Esperamos que se construya una estructura de información útil, que los sectores pudientes, convencidos de esas realidades conscientes de esa necesidad urgente de educación y cultura que grita nuestro pueblo en la medida de sus posibilidades creen bibliotecas en escuelas, en industrias, en barrios, en campos y aldeas, en sectores marginados donde hace falta el pan de la enseñanza.

En nuestro país se ha comenzado la campaña de alfabetización, paso éste increíblemente positivo para el adelanto y el progreso, pero poca significación tendría para la comunidad que el ciudadano aprenda a leer y a escribir, si no ha de disponer luego de bibliotecas adecuadas que respalden la acción educativa, que cimienten en el individuo las nociones adquiridas en la campaña.

La biblioteca también puede ser un elemento para el autoaprendizaje; puede hacer que usuarios motivados recuperen información de sus estantes.

Usuarios que se vuelven autodidactas que aprenden a aprender. Individuos dueños y autores de su propio progreso cultural.

Esto es posible y frecuente cuando las instituciones promueven este tipo de aprendizaje individual creando bibliotecas para ofrecer instrucción informal con el uso de su acervo.

En la biblioteca está el conocimiento humano con su historia de éxitos y fracasos de utopías y de realidades de avances y de retrocesos.

Todo se encuentra ordenado por un bibliotecario en base a un sistema que permita el uso de los que si no quieren inventar nuevamente lo inventado, por lo menos hagan que los inventos sean mejores y más usados.